

Sobre el espíritu de Juan de Mairena

Antonio J. Quesada

ags@uma.es

Todos conocemos la vida y milagros de Fernando Pessoa y de sus diversos heterónimos (básicamente Ricardo Reis, Álvaro de Campos y Alberto Caeiro, aunque siempre he tenido la sospecha de que Fernando Pessoa fue también un heterónimo cualificado de un tal Fernando Pessoa). Y, además, recordamos cómo el genial poeta Antonio Machado, aquel poeta civil y cívico, también diseñó una suerte de heterónimo brillantísimo y muy pedagógico: Juan de Mairena. Conforme a la wikipedia al uso (la nueva *Britannica* de los tiempos que corren, según parece), Mairena es descrito como "poeta, filósofo, retórico e inventor de una Máquina de Cantar", además de como Profesor de Gimnasia y Retórica (cuerpo y espíritu unido, no está mal: entronca con nuestros clásicos). La postmoderna *ciber-british* le atribuye el año 1865 como el de su nacimiento (sevillano, dicen...) y el año 1909, año que pesa en la historia de España, como el de su fallecimiento. Pocos años para tan buen hacer, bien es cierto.



Leer "Juan de Mairena" (me hice hace poco con la edición de Losada, después de perder en una mudanza los dos tomos de Cátedra) proporciona un goce estético evidente: está muy bien escrito, los temas son sugerentes y los párrafos convierten nuestra lectura casi en una "orgía perpetua" flaubertiana. Pero no se queda ahí, algo que ya sería un lujo: el goce es también ético e, incluso, pedagógico. Y eso no siempre es fácil de encontrar en un creador. A un científico le demando rigor y racionalidad: a un creador le demando ebullición creativa, pero no necesariamente rigor. Sin embargo, en este caso va todo unido. Además de lo pedagógicos que son los temas, Juan de Mairena desprende unos efluvios que agradan a cualquier persona con un mínimo de sensibilidad: respeto a los demás, cultura, corrección, amplitud de miras... Querriamos que ese espíritu fuese el escenario ideal para educar a un hijo, vaya.

Ese espíritu es el que intentaron matar durante la guerra civil, claro está: pese a los excesos republicanos, que también existieron y hay que no olvidarlos y condenarlos (para evitar que pudieran repetirse alguna vez), la clérigo-militar España triunfante impuso al país todo lo contrario de lo que anima a Juan de Mairena. Impuso el ordeno y mando frente al debate, impuso a curas y militares vertebrando la sociedad (junto a las camisas azules: ya lo dijo Umbral, la Falange fue el folklore del régimen), impuso un mundo gris ceniza sin libertad de pensamiento, sin libertad de expresión, sin libertad de información, sin libertad de... Terminaremos antes si hacemos inventario de lo que nos permitían hacer los curas o los gobernadores civiles. Mairena del revés: un mundo de curas en vez de científicos, de militares en vez de políticos y de verdades absolutas en vez de relatividades y dudas. Sórdido.

El espíritu de Juan de Mairena era otro muy distinto, claro está. Alguien que considera que el Diablo debe tener cátedra en una Universidad católica es alguien respetuoso con la diferencia. Es alguien que, en fin, ha digerido a Voltaire sin Omeprazol: alguien que

mantiene encendida la llama de la Ilustración para que nos alumbre frente a la oscuridad de los fanatismos y las religiones llevadas a sus ortodoxias conceptuales más canónicas.

Un buen modo de homenajear este espíritu puede ser recordar algunos párrafos significativos de este Maestro de tantas materias. Va por usted, Maestro Mairena (¿por qué estaremos tan imbuidos de lenguaje taurino, incluso los no devotos de la cofradía?):

- "Aprendió tantas cosas –escribía mi maestro, a la muerte de un amigo erudito–, que no tuvo tiempo para pensar en ninguna de ellas". ¿No estará hablando de nuestro día a día? Mírense bien el ombligo, a ver qué encuentran...

- "Aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda. De este modo premia Dios al escéptico y confunde al creyente". ¡La de problemas que evitaríamos si asimilásemos algo de esta metodología!

- "-Siempre está usted descubriendo mediterráneos, amigo Mairena. -Es el destino ineluctable de todos los navegantes, amigo Tortolez". Sigamos hasta el Mar Negro: se hace camino al andar, y la mejor manera de poner tierra de por medio es poner de por medio el mar.

- "Uno de los medios más eficaces para que las cosas no cambien nunca por dentro es renovarlas -o removerlas- constantemente por fuera. Por eso -decía mi maestro- los originales ahorcarían si pudieran a los novedosos, y los novedosos apedrean cuando pueden sañudamente a los originales". Con el tiempo llegaría un gatopardo lampedusiano que reincidiría en esta idea: a veces, los manuales de Ciencias Políticas se tiñen de literatura...

- "El escepticismo pudiera estar o no estar de moda. Yo no os aconsejo que figuréis en el coro de sus adeptos ni en el de sus detractores. Yo os aconsejo, más bien, una posición escéptica frente al escepticismo". Como escéptico de mediano prestigio... tomo nota. Así como de lo que sigue: "Nunca os aconsejaré el escepticismo

cansino y melancólico de quienes piensan estar de vuelta de todo. Es la posición y más falsa y más ingenuamente dogmática que puede adoptarse. Ya es mucho que vayamos a alguna parte. Estar de vuelta, ¡ni soñarlo...!”.

- “Lo corriente en el hombre es la tendencia a creer verdadero cuanto le reporta alguna utilidad. Por eso hay tantos hombres capaces de comulgar con ruedas de molino. Os hago esta advertencia pensando en algunos de vosotros que habrán de consagrarse a la política”. Abruma la superficial profundidad del texto. Por cierto, es destacable la habilidad que tienen los líderes religiosos para que los intereses de (su) Dios coincidan con los suyos...

- “Preguntadlo todo, como hacen los niños. ¿Por qué esto? ¿Por qué lo otro? ¿Por qué lo de más allá? En España no se dialoga porque nadie pregunta, como no sea para responderse a sí mismo. Todos queremos estar de vuelta, sin haber ido a ninguna parte. Somos esencialmente paletos. Vosotros preguntad siempre, sin que os detenga ni siquiera el aparente absurdo de vuestras interrogaciones. Veréis que el absurdo es casi siempre una especialidad de las respuestas”. España, este país de vuelo gallináceo, se refleja como en un espejo. Nuestro admirado Jaime Gil de Biedma nos aportó alguna que otra clave, también, para entender esta triste piel de toro triste: “¿Y qué decir de nuestra madre España, / este país de todos los demonios / en donde el mal gobierno, la pobreza / no son, sin más, pobreza y mal gobierno, / sino un estado místico del hombre, / la absolución final de nuestra historia? / De todas las historias de la Historia / la más triste sin duda es la de España / porque termina mal. / (...) / Quiero creer que nuestro mal gobierno / es un vulgar negocio de los hombres / y no una metafísica, que España / puede y debe salir de la pobreza, / que es tiempo aún para cambiar su historia / antes que se la lleven los demonios”. Y por otra parte nos confiesa cómo “media España ocupaba España entera / con la vulgaridad, con el desprecio / total de que es capaz, frente al vencido, / un intratable

pueblo de cabreros". Pobre España, devorada por sus presuntos defensores, que le dan el abrazo del oso envueltos en banderas e himnos.

"Juan de Mairena" es de esos textos que te hacen sentir más inteligente, después de leerlo. Y mejor ciudadano.